



# Déjala que caiga

Paul Bowles

Nelson Dyer reside en Nueva York donde trabaja de cajero en un banco. Hastiado de la irrelevancia de su vida, se traslada a Tánger en busca de un cambio radical y acepta un empleo en una agencia de viajes regentada por un viejo conocido suyo, Jack Wilcox. Pero, de hecho, lo que le interesa es sumergirse en los bajos fondos de la ciudad: sus bares y burdeles; sus salas de cine porno; sus aristócratas y sus prostitutas; y en turbias transacciones financieras. Determinado a conseguir que algo ocurra en su nueva vida, se ve arrastrado por una serie de acontecimientos cada vez más siniestros de los que parece imposible escapar. Esta magistral narración de un descenso a los infiernos es para muchos la mejor novela de Paul Bowles.

# DÉJALA QUE CAIGA

Paul Bowles

## TREINTA AÑOS DESPUES

*Desde niño, a los ocho o nueve años, me sentí fascinado por el breve pasaje de Macbeth en que Banquo, al salir del castillo con su hijo, hace una observación de pasada a los hombres que hay fuera referente a la lluvia que se aproxima, y ellos le responden con el brillo del acero y esta admirable frase de cuatro palabras, sucinta y brutal: «Let it come down<sup>[1]</sup>».*

*La novela que titulé así se publicó por vez primera a comienzos de 1952, en el preciso momento en que se desarrollaban los disturbios que presagiaron el final de la Zona Internacional de Marruecos. Así pues, incluso en la época de su publicación, el libro trataba de una época pasada, ya que Tánger nunca volvería a ser lo mismo a partir del 30 de marzo de 1952. La ciudad a la que se celebra en estas páginas hace mucho tiempo que dejó de existir, y los acontecimientos que se relatan resultarían ahora inconcebibles. El cuento, como la fotografía, es un documento relacionado con un lugar y un punto en el tiempo concretos, vistos a la luz de ese momento particular.*

*Este libro empezó a escribirse de una manera tal vez insólita. En diciembre de 1949 me había embarcado en Amberes en un carguero polaco con destino a Colombo. Cuando cruzamos el estrecho de Gibraltar era de noche y yo me hallaba en cubierta contemplando los destellos del faro de Cabo Espartel, el punto más noroccidental de África. A medida que navegábamos hacia levante, empecé a distinguir las luces de algunas de las casas de la Montaña*

*Vieja. Más tarde, cuando nos acercamos más a Tánger, se espesó sobre el mar una ligera bruma que dejó a la vista sólo el resplandor de las luces de la ciudad reflejado en el cielo. Fue entonces cuando sentí un deseo irracional e imperioso de quedarme en Tánger.*

*Hasta aquel momento ni siquiera se me había ocurrido hacer un libro sobre la Ciudad Internacional. Pero bajé a mi camarote, me metí en la dura litera y empecé a escribir una escena que tenía lugar en los acantilados que acabábamos de pasar. No iba a ser éste el comienzo del libro, pero sirvió como punto de contacto geográfico a partir del cual pude trabajar hacia adelante y hacia atrás en el tiempo.*

*De nada me sirven las anotaciones a menos que contengan una parte del texto terminado al que pueden adaptarse; yo sabía que era necesario antes de desembarcar en un lugar desconocido que escribiera bastante de ese texto para que pudiera servir como cordón umbilical entre la novela y yo; de otro modo, lo perdería por completo. Cuando el barco se aproximaba a Ceilán me encontré recordando el famoso aforismo de Kafka: A partir de cierto punto, ya no existe posibilidad alguna de retorno. Ése es el punto que es preciso alcanzar. Dudo que el autor se refiriera al hecho de escribir una novela, pero de todos modos parecía apropiado a esa situación. Yo me esforzaba por cruzar el punto crítico; sólo entonces podría estar seguro de que no tendría que retornar y abandonar el libro cuando tratara de seguir trabajando en él más adelante.*

*Sri Lanka (nombre del que Ceilán es una corrupción posterior) resultó tan contraproducente como había previsto para seguir trabajando en la novela: había mucho que ver y aprender; y el paisaje era demasiado tentador como para dejar mucho tiempo libre a la contemplación. Llevé una vida nómada y rara vez permanecía más de algunos días en el mismo lugar. Hasta que no crucé la frontera de la India no me sentí capaz de volver a mi labor.*

*En la India, dedicaba el día a la exploración y escribía por la noche. Mi cuarto de trabajo, sin ventanas, no resultaba ni con mucho satisfactorio. El aire estaba siempre a varios grados por encima de la temperatura del cuerpo y la lámpara de aceite me parecía un horno en la cara. (El lugar ideal para trabajar, habría sido, desde luego, la cama de la habitación contigua, pero en ella no podía encenderse ninguna luz porque inmediatamente se habría llenado de millares de insectos alados. Me metía en la cama a oscuras).*

*Pero, como los escritores saben, las grandes incomodidades contribuyen a menudo a producir grandes obras.*

*A finales de 1950 me hallaba de nuevo en Tánger; fue un invierno memorable por sus tormentas y me alojaba en una pensión recién inaugurada. Estaba también recién —es decir: mal— construida, así que la lluvia se filtraba por las paredes de mi cuarto, pasaba por debajo de la puerta y salía al pasillo bajando desde allí, por la escalera, hasta la sala de recepción. Como dar vueltas por la habitación significaba chapotear en agua fría, me quedaba en la cama la mayor parte del tiempo escribiendo *Carne fresca y rosas*. Luego estuve viajando durante ocho meses por Marruecos, Argelia y España, y trabajando esporádicamente en la tercera parte: *La era de los monstruos*.*

*En otoño de 1951 regresé a Tánger y subí a Xauen para escribir la última parte. Aquí, en el silencio total de las noches de la montaña, he conseguido lo que esperaba hacer al llegar a este punto del libro. He desconectado los controles dejando que Otra clase de silencio se guiara por sí mismo, sin darle una dirección consciente. Llegó hasta donde podía llegar; entonces me detuve y terminó ahí el libro.*

*El protagonista es un ser inexistente —una «víctima» tal como él se describe—, cuya personalidad, definida únicamente en orden a las situaciones, suscita compasión sólo en tanto en cuanto se convierte en víctima. Es el único personaje enteramente inventado; para todos los demás, utilicé como modelos a personas residentes de Tánger. Algu-*

nas de ellas viven ahora en otros lugares, las demás han muerto. El único personaje cuyo modelo sigue aquí es Richard Holland; ello se debe a que yo sigo aquí y se trata de una caricatura de mí mismo.

El robo de dinero, tal como ocurrió en realidad, resultaba tan inverosímil que tuve que modificarlo para hacerlo más plausible. Unos tres años después de terminar la Segunda Guerra Mundial, el hijo de un famoso escritor inglés vino a Tánger con su mujer y decidió comprar un terreno y construir una casa. Estaba prohibido sacar libras esterlinas del Reino Unido; así que, como muchos otros ciudadanos, fue a ver a un comerciante indio de Gibraltar a quien le entregó un cheque de su banco londinense. El indio iba a dar instrucciones a su hijo, residente en Tánger, para que entregara el dinero en pesetas al señor X. Pero este señor era un importante caballero cuyo secretario para estos asuntos era inglés y, cuando fue a recoger el dinero del hijo del indio, se encontró con el dinero en efectivo, pero no en pesetas, sino en libras esterlinas, que no podían utilizarse en la Zona Internacional debido a las restricciones monetarias. El indio le puso en contacto con un cambista que había a la vuelta de la esquina, el cual se avino a comprar las libras. El cambista llenó una caja de pesetas y se la llevó al indio diciendo que, como se iba a comer, no quería cargar con ella y que se acercaría por la tarde, cuando volviera a la oficina, para recoger las libras.

Por la tarde, el secretario se presentó en la tienda del indio para decir que acababa de dejar al cambista en el Zoco Chico y que éste le había pedido el favor de que le llevara las libras a la oficina inmediatamente. Se llevó la caja y volvió al cabo de cinco minutos. «Bueno, ya está», le dijo al indio. Entonces, cogió las pesetas, le dio las gracias y se escabulló entre la multitud que paseaba por los Siaghines. Una hora más tarde se encontraba en un avión rumbo a Madrid con las pesetas, y con las libras también. Lo último

*que se supo de él —más o menos un año después— es que vivía en Buenos Aires y apostaba a los caballos.*

P. B.



BANQUO: It will Rayne to Night.  
1st MURDERER: Let it come downe.  
*(They set upon Banquo).*

*Macbeth. Act. III, scene 3.*

BANQUO: Habrá lluvia esta noche.  
ASESINO PRIMERO: Déjala que caiga.  
*(Atacan a Banquo).*

*Macbeth. Acto III, escena 3.*

# 1. ZONA INTERNACIONAL

## 1

Era ya de noche cuando el pequeño transbordador se acercó de costado al muelle. Cuando Dyar bajaba por la pasarela una ráfaga de viento le azotó la cara con cálidas gotas de lluvia. Los demás pasajeros eran escasos e iban mal vestidos; llevaban su equipaje en pobres maletas de cartón y en bolsas de papel. Observó cómo aguardaban con resignación a que se abriera la puerta de la aduana. Media docena de marroquíes andrajosos le habían avisado ya desde el otro lado de la verja y le gritaban: «¡Hotel Metropole, mister!», «¡Eh, Johnny! ¡Come on!», «You want hotel?», «Grand Hotel, eh». Era como si llevara en alto su pasaporte americano para que lo vieran todos. No les prestó atención. Estuvo lloviendo copiosamente durante un minuto o así. Cuando el funcionario abrió la puerta, Dyar se hallaba mojado e incómodo.

Dentro la sala estaba iluminada por tres quinqués dispuestos a lo largo del mostrador, uno para cada inspector. Dejaron a Dyar para el final y entonces, sin un destello de simpatía o de humor, se dedicaron los tres a registrar meticulosamente sus pertenencias. Cuando hubo empaquetado de nuevo sus maletas para que cerraran, las marcaron con una tiza violácea y le dejaron pasar de mala gana. Tuvo que hacer cola ante una ventanilla en la que se leía *Policía*<sup>[2]</sup>. Mientras esperaba le llamó la atención un hombre de elevada estatura que, tocado con una gorra de visera, le gritaba: «Taxi». Como parecía bien vestido, le hizo un gesto afir-

mativo con la cabeza. Inmediatamente después, el hombre de la gorra, enzarzado en una violenta discusión con los demás, se acercaba para recoger su equipaje. Dyar era la única presa de aquella noche. Al volver la cabeza observó con irritación que las figuras vociferantes perseguían al taxista al salir por la puerta. De todos modos, se sentía un poco mareado.

Y, en el taxi, con la lluvia golpeando en el parabrisas y las chirriantes escobillas subiendo y bajando penosamente sobre el cristal, seguía sintiéndose mal. Ahora sí que estaba allí; no había retorno. Aunque, desde luego, nunca se había planteado la cuestión de regresar. Cuando escribió diciendo que aceptaría el trabajo y compró el pasaje desde Nueva York, sabía que la decisión era irrevocable. Un hombre no cambia de parecer en un asunto así cuando le quedan menos de quinientos dólares. Pero ahora que estaba allí, esforzándose por ver en la oscuridad tras las ventanillas mojadas, sintió por vez primera la desesperación y la soledad que creía haber dejado atrás. Encendió un cigarrillo y ofreció el paquete al conductor. Decidió que fuera el propio taxista quien eligiera dónde se alojaría. Era marroquí y entendía muy poco el inglés, pero sí comprendía las palabras *cheap* y *clean*. Salieron del malecón y entraron en tierra firme, se detuvieron ante la verja y dos inspectores asomaron la cabeza por las ventanillas delanteras. Luego avanzaron despacio durante un rato por una calle alumbrada con unas pocas luces mortecinas. Al llegar al hotel, el chófer no se ofreció a ayudarlo y tampoco había portero a la vista. Dyar volvió a mirar la entrada: era la fachada de un hotel grande y moderno pero, tras la puerta principal, la recepción estaba iluminada por una única vela. Se apeó del coche y empezó a bajar el equipaje. Miró inquisitivamente al taxista: observaba cómo sacaba las maletas del coche; estaba impaciente por marcharse.

Cuando hubo depositado en la acera todas sus pertenencias y pagado al chófer, empujó la puerta del hotel y vio

a un joven de cabello negro y liso y atildado bigotito sentado en el pequeño mostrador de la recepción. La vela proporcionaba la única iluminación. Le preguntó si era aquél el Hotel de la Playa; no supo si le alegró o le entristeció el oír que sí. Tardó un rato en meter él solo las maletas en la recepción. Después, guiado por un chico que portaba otra vela, subió la escalera que le llevaba a su habitación; el ascensor no funcionaba porque no había corriente.

Subieron tres tramos de escalera. El hotel era una enorme caja de resonancia de cemento; el sonido de cada paso, amplificado, retumbaba en todas direcciones. El edificio tenía esa profunda y acendrada sordidez que sólo consiguen las nuevas construcciones de mala calidad. En las paredes se veían ya grandes grietas; en torno a las puertas las molduras de escayola estaban desportilladas y, de vez en cuando, faltaba un baldosín en el suelo.

Al llegar a la habitación, el chico entró primero y acercó una cerilla a una vela encajada en una botella de Cointreau. Las sombras de sus cabezas se proyectaron sobre las paredes. Dyar olfateó con disgusto el aire cargado. La habitación olía a una mezcla de yeso húmedo y pies sucios.

—¡Buf! Esta habitación apesta —dijo—. Miró aprensivamente la cama y levantó la manchada colcha azul para ver las sábanas.

Enfrente de la puerta había una gran ventana que el chico se apresuró a abrir. Desde la oscuridad exterior entró una ráfaga de viento. Se oía el sonido leve de las olas. El chico dijo algo en español; Dyar supuso que le explicaba que la habitación era muy buena porque daba a la playa. No le importaba demasiado la vista: no había ido allí de vacaciones. Lo que deseaba en aquel momento era darse un baño. El chico cerró la ventana y bajó rápidamente por la escalera para subir el equipaje. En un rincón, separada del resto del cuarto por un sucio tabique, había una ducha con paredes y suelo de cemento gris. Abrió el grifo donde

se leía *caliente* y le sorprendió que el agua estuviera a una temperatura bastante elevada.

Cuando el chico subió las maletas y acabó de amontonarlas en donde no debía, cogió la propina, trató en vano de cerrar la puerta y la dejó por fin entreabierta. Dyar se apartó de la ventana junto a la que había estado nerviosamente jugando con la cortina y mirando la oscuridad del exterior, y cerró la puerta de un portazo. La llave cayó tintineando al suelo del pasillo. Dyar se echó en la cama y permaneció un momento mirando al techo. Tenía que llamar a Wilcox inmediatamente, hacerle saber que había llegado. Movi6 la cabeza para ver si había un teléfono junto a la cama, en la pequeña mesita de noche, pero ésta quedaba bajo la sombra que proyectaba el pie de la cama y hacía demasiado oscuro para ver.

Aquél era el punto del peligro, lo sentía. En aquel momento era casi como si no existiera. Había renunciado a toda seguridad en favor de algo que, según lo que todo el mundo le había asegurado y lo que él mismo sospechaba, era una verdadera quimera. Lo anterior había desaparecido y era imposible recordarlo, lo nuevo no había comenzado todavía. Para ponerlo en marcha tenía que telefonar a Wilcox, pero siguió echado. Sus amigos le habían dicho que estaba loco, su familia le había recriminado, unas veces con indignación y otras con tristeza, pero por alguna razón que él no acertaba a comprender, hizo oídos sordos a todos ellos. «¡Estoy harto!», les gritaba con cierto histerismo. «Llevo diez años ante esa maldita ventanilla del banco. Antes de la guerra, durante la guerra y después de la guerra. ¡No lo soporto más, eso es todo!». Y, cuando se le sugería la posible conveniencia de una visita al médico, riendo despreciativamente, respondía: «No me pasa nada que no se cure con un cambio de ambiente. No se puede esperar de nadie que permanezca confinado de esa forma en una jaula año tras año. Lo único que me sucede es que estoy harto; eso es todo». «Muy bien, muy bien», decía su padre. «¿Pe-

ro cómo crees que lo vas a remediar?». Y, a esto, no podía responderle. Durante la Depresión, a los veinte años, le había encantado conseguir un empleo en el Departamento de Exterior del banco. Todos sus amigos le consideraron una persona con gran suerte; fue la amistad de su padre con uno de los vicepresidentes lo que posibilitó que le emplearan en una época así. Justo antes de la guerra le hicieron cajero. En aquellos días en los que se vivía en una atmósfera de cambio, nada parecía permanente, y, aunque Dyar padecía un soplo cardíaco, imaginaba vagamente que, de un modo u otro, lo pasarían por alto para darle algún trabajo útil en la guerra. Cualquier cosa supondría un cambio y sería, por consiguiente, bienvenida. Pero le rechazaron categóricamente; continuó metido en su jaula. Entonces cayó víctima de una desmoralizadora sensación de inmovilidad. Su propia vida era un peso muerto, tan pesado que nunca sería capaz de levantarlo de donde estaba. Se había ido acostumbrando a la sensación de intensa inutilidad y depresión que se había adueñado de él, al tiempo que se resentía de ello amargamente. No era propio de su carácter, y su familia lo percibió. «Haz las cosas tal como vienen, —le decía su padre—. Tómalo con calma. Ya verás que hay cantidad de cosas con que llenar cada día. ¿A qué te conduce el preocuparte por el futuro? Deja que él se ocupe de sí mismo». A continuación le recordaba una vez más sus problemas de corazón. Dyar contestaba con una sonrisa forzada. Estaba del todo dispuesto a dejar que cada día se ocupara de sí mismo; el futuro era lo más alejado de sus pensamientos. Era el presente el que se interponía en su camino; sus enemigos eran los minutos. Cada minuto, vacío y abrumador, le apartaba al llegar un poco más de la vida. «No sales bastante, —objetaba su padre—. Tienta a la suerte. ¡Vamos! Cuando yo tenía tu edad no podía esperar a que llegara la hora en que me quedaría libre y podría ir a la pista de tenis o bajar al río a pescar; o a casa, a plancharme los pantalones para ir a bailar. Pero tú estás